

RUDY JORDACHE, AL PARLAMENTO CATALAN

MANUEL CAMPO VIDAL

El penúltimo día de febrero, al sonar el pistoletazo legal indicador del comienzo oficial de la campaña electoral catalana, la línea de salida se encontrará vacía. Y es que todos los candidatos sin excepción llevan ya varias semanas de fatigosa carrera para ocupar los ciento treinta y cinco escaños del Parlamento autonómico.

Ya las calles de las ciudades y pueblos de Cataluña empiezan a vestir el multicolor traje de papel y pintura habitual de los festejos electorales, mientras las modistas publicitarias cosen día y noche atuendos de repuesto y túnicas de urgencia para los rezagados. La radio martillea viejos eslóganes electorales remendados para la ocasión, mientras se constata la enésima incomprensión de una creatividad electoral de calidad. Sólo algunos brotes aislados rompen la monotonía de las proclamas: la coalición Unitat pel Socialisme, que reúne a la izquierda extraparlamentaria, todavía virgen de escaño alguno —PTC, MCC, LCR y OCE (BR)—, subraya su publicidad con un esparanzado "Ahora sí", que dadas las circunstancias casi se lee como un "Ahora o quizá nunca", pero la auténtica ruptura dialéctica viene en esta ocasión de la derecha el proclamar "políticos fuera", grito ácrata que suena a cierto descaro cuando lo formula al fin y al cabo una candidatura política.

Procede este eslogan rupturista de un nuevo partido, Solidaridad Catalana, que "prefiere ser joven que sietemesino". Su presentación en los salones de un hotel de Barcelona ha constituido un acto de auténtico desahogo para una derecha desencantada por la fragilidad ucedista, o rencorosa quizá por su transformismo verbal hacia el centro y quejosa, al mismo tiempo, con Jordi Pujol por su acuerdo con la izquierda para gobernar los Ayuntamientos. Había en el millar largo de elegantes asistentes una satisfacción de corte histórico al oír hablar al cabo de varios años a alguien que se definía sin complejos como perteneciente a la derecha. "Somos de derechas, clamorosamente de derechas".

Gritaba para delirio del respetable —esta vez respetable de verdad— el empresario Juan Echevarría.

Presentado como el hombre que despidió a Marcelino Camacho —como resultaba fácil predecir en una crónica anterior—, el televisivo Luis Miravittles, que prestó su cara para abrir el acto, le había dado la palabra como "Nuestro Rudy Echevarría, nuestro Jordache Echevarría", con gran regocijo del público femenino. El candidato a líder de la derecha catalana se presentó como el prototipo de personaje que ha pasado a base de esfuerzo y trabajo de hombre pobre a hombre rico, lo que le ha valido en alguna ocasión el ser llamado "traidor a tu clase".

Hablaba Echevarría después de una disertación del periodista Manuel Millán Mestre, hombre de fraguismo inquebrantable, quien había ofrecido al distinguido público un extenso surtido de recetas filosóficas con las que combatir a los intelectuales marxistas y reencontrar una concepción cristiana de la vida.



Alejandro Rojas Marcos, en la "Novena Provincia".

Ciertamente el acto constituyó un éxito a tener en cuenta electoralmente siempre relativamente: Echevarría, con la solera de su trayectoria empresarial, con unos pellizcos de técnica publicitaria americana y con una pastilla de caldo filosófico Millán, logró servir, a un auditorio hambriento de derecha, una reparadora menestra electoral sólo un punto agria al incorporar en el último momento unas desafortunadas gotas de catastrofismo: "Esta vez nos la jugamos de verdad porque estas pueden ser las últimas elecciones de la democracia

española". Inútil decir llegado ese punto que Falconetti era marxista.

Las señoras de la derecha salieron encantadas de la reunión y hasta de ruborizaron cuando su "Rudy Echevarría", su "Jordache Echevarría" les lanzó una especial petición de ayuda: "Sobre todo las mujeres: que vuestros teléfonos se pongan esta misma noche al rojo vivo para hablar de Solidaritat Catalana y utilízad si es preciso, púdica o impúdicamente, hasta el boca a boca".

DIVISION EN LA "NOVENA PROVINCIA"

Veinticuatro horas después, en la maratón de presentaciones y mítines, comparecía Alejandro Rojas Marcos, secretario general del Partido Socialista de Andalucía en un cine de Cornellá, ciudad de cien mil habitantes pegada a Barcelona, epicentro según las estadísticas de la población de origen andaluz. Fue una tarde desafortunada por la contestación y algo desangelada porque para un local tan inmenso eran pocas las sesientas personas que habían acudido, "alborotadores" incluidos: aproximadamente un centenar ya se marcharon cuando el presentador, José Acosta Sánchez, dijo que "un parlament con mayoría de catalanes sería insuficientemente democrático". A partir de ahí el mitin avanzó con dificultades entre gritos y abucheos ("capitalistas", "fascistas", "señoritos", etc.) y la respuesta de los oradores. Rojas Marcos indicó que los que pretendían reventar el mitin no eran catalanes, sino andaluces de partidos de la izquierda centralista. Antes, cuando alguien había gritado: "Alejandro, quita el caballo que tengo que sacar el coche", el líder del PSA había replicado: "El caballo se lo he prestado a Carrillo, que quería traer en la grupa a Felipe González".

El PSA acusaría al día siguiente al PSC y al PSUC de "haber intentado boicotear violentamente el acto" y justificaría en el mismo comunicado la escasa asistencia porque "previamente se habían hecho rumores de desórdenes públicos".

Más allá de la agitada presentación de las candidaturas del PSA, se advierte una profunda división en lo que Rojas Marcos denomina "la novena provincia". En diciembre con

motivo del "día de Andalucía" esta división se consagró a la vista de la opinión pública al convocarse en Cataluña dos manifestaciones andalucistas distintas: la tradicional en el centro de Barcelona convocada por el Centro Andaluz con el apoyo de las centrales sindicales y de los partidos catalanes de izquierda sin excepción y otra en Cornellá convocada por círculos que están próximos al PSA. El resultado de la división fue descorazonador para Andalucía porque sumando las dos manifestaciones, el número de participantes era muy inferior al de la manifestación unitaria de años anteriores. Sin duda, ante el desconcierto una parte importante de la opinión pública había optado por quedarse en casa.

Otro elemento de polémica que aflora en diversos mítines preelectorales de la izquierda es el uso que el PSA haría de los escaños que eventualmente conseguiría en el Parlamento catalán: "¿Servirían para elegir un presidente de la derecha como sucedió en la investidura de Suárez?", se pregunta intencionadamente.

Consultado Alejandro Rojas Marcos sobre este punto, respondió que el PSA votaría como presidente de la Generalitat a su cabeza de lista por Barcelona, Francisco Hidalgo, actual presidente de la "Peña Fosforito" de Cornellá. La respuesta, sin embargo, no saca de dudas sobre el uso final de esos eventuales votos que pudiera conseguir excepto en el aspecto de adelantar la deducción de que el PSA se abstendría de votar a Reventós o Benet.

Caso de obtener algún escaño la polémica promete, desde ahora, una segunda parte muy intensa por cuanto Reventós va a contar con el apoyo electoral constante de Felipe González, por lo que muchos miles de votos de los andaluces, ciudadanos de Cataluña irán al PSC y por cuanto el senador Josep Benet recibió el apoyo explícito en las últimas legislativas de la agrupación de socialistas andaluces que encabezaba José Acosta Sánchez, ahora presentador de los mítines del PSA. Anteriormente, en las primeras legislativas, Acosta había figurado en las listas encabezadas por Jordi Pujol, circunstancia esta que puede haber resultado decisiva para que ahora no encabece la lista del PSA por Barcelona como durante meses se daba por descontado. ■